



CAPÍTULO 1

SI PIENSAS EN LA VIDA COMO UNA SERIE DE IMÁGENES NOSTÁLGICAS dispuestas en un montaje que va en cámara lenta, te perderás muchos de los fragmentos aburridos. En medio de las imágenes borrosas de ti soplando las velitas de tu pastel de cumpleaños y de las imágenes de tus primeros besos, habría una gran cantidad de imágenes en el sofá mientras ves televisión, mientras haces la tarea, o aprendes cómo crear la onda perfecta en tu cabello con una plancha caliente.

O, en mi caso, mientras supervisas otro evento escolar, como el carnaval de otoño.

Agreguen a eso un poco de vómito.

Di una palmadita con cuidado en la espalda de Andy Mason mientras se inclinaba dentro de un contenedor de reciclaje. Esta era, sin dudas, una de esas escenas patéticas que *no* entrarían en el montaje de mi vida.

—¿Todo bien? —pregunté al capitán del equipo de tenis de un metro noventa de alto mientras se enderezaba.



–Gracias, Des –asintió avergonzado mientras limpiaba su boca.

–No hay de qué, pero ¿tal vez no deberías subir al Fundidor de Cerebros tres veces seguidas?

Era un sábado por la noche a finales de noviembre y el carnaval de otoño de la Preparatoria Monte Vista estaba en plena actividad en nuestro campus: una maravilla arquitectónica de última generación en expansión, construida sobre un acantilado costero del condado de Orange.

Andy se tambaleó al pasar junto a mi mejor amiga, Fiona Mendoza, quien se apartó de él.

–¿Un vomitón? –preguntó mientras arrugaba la nariz.

Fiona llevaba un pantalón holgado, una camisa de hombre, calzado de senderismo y una bufanda con patrones de rayos. Sus ojos de color ámbar, fuertemente delineados, me estaban mirando, parpadeando lenta y deliberadamente. Fiona podría verse como una princesa estadounidense con ascendencia mexicana de Disney, si no fuera porque se vestía como una indigente con una colección miserable de maquillaje.

–Los chicos *enormes* son los que siempre tienen estómagos pequeños y delicados –dije.

–Suertuda –repuso, guiñándome un ojo.

–Sí, tu *adoras* a los chicos enormes –le dije con una risotada.

De hecho, a Fiona le encantaban las chicas bajitas.

Mi risa mutó a una tos seca y me incliné por la misma fuerza. Cuando me acomodé, Fiona sostenía un termo.

–Tu papá me pidió que te trajera esto –me dijo.

Había dos píldoras para el resfriado y la gripe pegadas con cinta al tapón. Sonreí cuando vi el post-it. La caligrafía con garabatos

de mi padre decía: “¡Come todo igual aunque te sientas muy mal!”. Había manchones negros por todos lados, el sello personal de un mecánico de autos.

Abrí el termo y el aroma a sopa de algas salada flotó en el aire.

–Mmm, gracias, Fi –exclamé.

–Por nada, pero... ¿por qué demonios estás aquí? ¿No que tenías la enfermedad del pulmón negro? –indagó mientras caminábamos hacia una banca para sentarnos.

–Porque, hola, estoy a cargo de esto. Además, “la enfermedad del pulmón negro” es comúnmente conocida como neumonía, y yo no tengo eso –repuse.

–Tú estás a cargo de todo. Sin ánimos de ofender, Desi, pero esto no es más que un estúpido carnaval escolar. ¿No podría algún subordinado del gobierno estudiantil haberse hecho cargo de todo?

Fiona se recostó sobre la banca.

–¿Quién? ¿Mi desafortunado vice, Jordan? –repliqué. Jordan era mi vicepresidente y fue votado principalmente por su cabello-. Se hubiera presentado mañana. Ni de broma. No me pasé semanas planificando todo esto para que alguien venga a arruinar el carnaval de Monte Vista –concluí.

Fiona se quedó mirándome, dejando que la idiotez de esa afirmación se asentara entre las dos. Una vez que el castigo se ejecutó de forma debida, habló:

–Des, necesitas relajarte. Es el último año, ya puedes calmarte.

Su cuerpo entero enfatizó sus palabras, estaba sentada de piernas cruzadas sobre la banca, un brazo en el apoyabrazos y su barbilla descansando sobre él.



–¿He sido aceptada en Stanford? –respondí luego de darle un sorbo a la sopa.

Fiona se enderezó mientras me apuntaba con su uña larga y brillante.

–¡No! No. Una vez que entregues esa solicitud, no quiero escuchar esa palabra por el resto del año –hizo una pausa dramática–. En realidad, nunca más por el resto de mi vida.

–¡Pues mala suerte! –exclamé antes de poner las píldoras en mi boca y tragarlas con un poco de agua.

Se me quedó viendo otra vez, su mirada era inquietante y daba un poco de miedo.

–Des, es un hecho. Si una adolescente Madre-Teresa-Miss-Teen-America nerd como tú no puede ingresar a esa universidad, ¿quién más podría hacerlo?

Tosí de nuevo, un sonido flemoso que rememoraba el final de los tiempos. Fiona retrocedió con asco visible.

–¿Sabes cuántos jóvenes se ven como yo por escrito? Promedio general sobresaliente, presidente del cuerpo estudiantil, miembro de equipos de la preparatoria, puntuación perfecta en el examen de admisión, mil millones de horas de servicio a la comunidad.

La expresión de Fiona se suavizó ante la familiar cantinela de siempre.

–Bueno, ¿no es por eso que pediste la entrevista?

Su voz se escuchaba al borde del hastío mientras miraba a un grupo de chicas que pasaba caminando. Mi mejor amiga desde el segundo año, Fiona, se sabía de memoria la balada del sueño de Stanford de Desi Lee desde que la había cantado a viva voz a la edad de diez años.

–Sí, pero la entrevista es en febrero, un mes después de que entregue mi solicitud. Me pone nerviosa que la fecha límite se haya pasado –murmuré.

–Des, hemos hablado de esto un millar de veces. ¿No *querías* tomar la decisión correcta, tener las mejores probabilidades y todo eso? –preguntó.

–Sí, lo sé –respondí mientras jugueteaba con desgano con mi sopa.

–Entonces no lo arruines, ¿de acuerdo? –dijo Fiona dándome una palmada en el brazo.

Luego de terminar mi sopa, Fiona se largó para buscar a nuestro amigo, Wes Mansour. Vagué por el carnaval de nuevo, asegurándome de que los chicos del equipo de baseball no estuvieran regalando los premios de felpa a las chicas lindas, y procurando que la gente no se desordenara en la fila sin fin para el camión de los helados. Me dirigía a los sanitarios cuando me topé con algunos estudiantes de primer año a quienes reconocí: un manajo de chicos bien peinados con playeras impecables y calzado costoso.

–¡Ey! Jefa, ¿cómo va? –me preguntó uno de ellos.

Todo encanto y ojos brillantes. El tipo de chico nacido con un sombrero tirolés posado informalmente en su cabeza.

Sentí sus ojos en mí y mis mejillas se sonrojaron.

–Esto, bien. ¡Diviértanse! –exclamé, mientras los saludaba con la mano de manera exaltada e incómoda antes de alejarme.

Por el amor de Dios. ¡Diviértanse! ¿Quién era? ¿Su madre? Me estaba pateando mentalmente cuando alguien me tomó por detrás.

–Sí, ¿qué hay de nuevo, jefa?

La voz burlona sonaba a centímetros de mis oídos. Wes. Cabello negro espeso recogido en una especie de jopo moderno perfectamente revuelto, la más suave e inmaculada piel morena, y unos ojos somnolientos bajo el peso de sus intolerables pestañas. Las chicas lo amaban.

Sí, mis dos mejores amigos eran estas personas sexis que a diario me recordaban mi falta de sensualidad.

Me giré y abofeteé su brazo.

Wes se agarró donde lo golpeé e hizo un gesto de dolor.

–¡Usa tus palabras! –me ladró.

Fiona estaba detrás de él, sosteniendo una bolsa repleta de algodón de azúcar rosado. Los miré a ambos con el ceño fruncido, pero antes de que pudiera hablar, otro ataque de tos arremetió contra mí.

–*Puaj*, Des –exclamó Wes mientras cubría su nariz con el cuello de su playera–. Tengo un juego importante la semana próxima y, si me enfermo, te mataré.

Al igual que yo, Wes era un nerd deportista. Su deporte preferido era el básquetbol, su ciencia elegida era la física, su freakismo favorito eran los comics y *Los colonos de Catán*. Una vez se mantuvo en el primer puesto en línea durante tres meses hasta que fue derrotado por una niña de ocho años de Brasil.

–Es bueno exponerse a los gérmenes, ¿sabes? –dije mientras aclaraba mi garganta de manera violenta.

Los dos, Wes y Fiona, hicieron muecas.

–¡Perdónanos, doctora Desi! –gruñó Wes.

–¡Uh! Pero recién estaba empezando, ¿debería comenzar con mi lección de los futuros trasplantes fecales?

–Me gustaría estar una semana sin escuchar acerca de los malditos beneficios de las bacterias de los intestinos –dijo cerrando los ojos con dramatismo.

–Bien. Pero luego me agradecerán cuando sea una doctora que trate las alergias estacionales con trasplantes fecales –dije con un encogimiento de hombros.

–¡Dios! –Fiona arrojó el resto de su algodón de azúcar en un cesto de basura.

Esperé por más quejas pero, al contrario, recibí silencio. Y expresiones extrañas. Fiona y Wes miraban a mis espaldas. Me di la vuelta y me encontré con un pecho ancho.

–¿Qué son los trasplantes fecales? –preguntó una voz baja.

Miré hacia arriba. Ay, Dios mío.

Max Peralta. Un metro ochenta y ocho de candente, candente... estudiante de primer año. Luego oí risitas detrás de mí. Cuando Fi y Wes descubrieron que mi enamoramiento-de-primera-semana-de-clases resultó ser un chico de primer año... Bueno, ese fue el mejor día *de todos*.

–Oh, eh, nada. ¡Ey, hola! –respondí con un tono de voz que solo los perros escucharían. *Desi, NO hables hasta que puedas controlar tu maldita voz.*

Sonrió. Dientes blancos en contraste con una piel bronceada y besada por el sol. ¿Cómo es que, en el nombre del Señor, él podía ser un estudiante de primer año?

–¡Ey! Buen trabajo con el carnaval, Desi.

–Gracias, Max –repuse mientras me sonrojaba por completo. *De acuerdo, tienes el control. ¡Solo mantén tu expresión fresca, relaja tus hombros, mantén tu instinto natural de chica diligente bajo control!*



Max bajó la mirada por un momento, hacia sus pies, y luego la ladeó hacia arriba con una sonrisa. *Maldición.*

–Eh, me preguntaba... ¿Estarás ocupada luego de esto? –indagó.

Mi voz quedó atrapada en mi garganta. La aclaré. *¡Atrás voz chillona!*

–¿Luego del... carnaval? –pregunté.

–Sí, ¿tienes que, no sé, limpiar o algo?

Mis orejas comenzaron a incendiarse, y pude sentir sus ojos en mí.

–Nop, nada de limpiar, estoy libre.

Un momento, ¿estaba acaso motivando esto? Él era lindo, no había dudas al respecto... pero seguía siendo un estudiante de primer año.

Fue como si me leyera la mente.

–Lo sé, probablemente no tengas citas con chicos menores que tú –dijo manteniendo sus ojos sobre mí.

Ja-ja-ja: *citas.*

Pero estaba en lo cierto. Él era un estudiante de primero. Yo estaba en mi último año. Así que intenté armarme de valor para poder rechazar su invitación. Pero en su lugar, sentí como la tos venía. Coloqué la mano sobre mi pecho y cerré la boca apretando fuerte. *No, este NO era el momento.*

Pero existen algunas cosas que tienen poder en sí mismas.

Así que tosí. Muy fuerte. Y esa flema que había estado resonando en mi pecho durante todo el día, aterrizó justo en el frente de su camisa a rayas recién planchada.